

UNO
DE LA ÉTICA A LA ECONOMÍA
Smith, Mises y Borges



El Nosotros es siempre fruto de una agrupación que une a dos o más Egos. Si alguien dice Yo, no se precisa mayor ilustración para percibir el significado de la expresión. Lo mismo sucede con el Tú y, siempre que se halle específicamente precisada la persona de que se trate, también acontece lo mismo con el El. Ahora bien, al decir Nosotros, es ineludible una mayor información para identificar qué Egos se hallan comprendidos en ese Nosotros. Siempre es un solo individuo quien dice Nosotros; aun cuando se trate de varios que se expresen al tiempo, siempre serán diversas manifestaciones individuales.¹

LUDWIG VON MISES (1881-1973)

Adam Smith es considerado el padre de la economía. ¿Fue acaso el primero que escribió sobre este tema? No, muchos lo habían hecho antes. Smith nació en el año 1723 y murió en 1790; en 1776, el mismo año en que murió su gran amigo, el filósofo David Hume, y los Estados Unidos declararon su independencia, Smith publicó el libro más famoso en la historia de la economía: Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones.

Ese voluminoso trabajo es considerado el primero que establece la economía como una disciplina autónoma, de ahí que decirle a Smith «padre» de la economía no es tan desacertado. Ahora bien, si hasta entonces muchos habían escrito de cuestiones económicas pero la econo-

¹ LUDWIG VON MISES, *La acción humana. Tratado de Economía*, 11.^a ed., Madrid, Unión Editorial, (1949) 2015, p. 53.

mía como tal no era una ciencia autónoma, ¿de qué otra formaba parte?

Aquí es donde la historia personal de Adam Smith resulta aleccionadora. Nació en Kirkcaldy, Escocia, y a los catorce años ingresó a la Universidad de Glasgow para luego asistir al Balliol College en Oxford. De regreso en Escocia, después de dar algunas conferencias, fue nombrado profesor de Lógica en 1751 y profesor de Filosofía Moral en 1752, en la Universidad de Glasgow.

He aquí el punto que quería destacar: el profesor de Filosofía Moral daba clases de Teología Natural, Ética, Jurisprudencia... y Economía. Es más, su primer libro, publicado en 1759, se llamó Teoría de los sentimientos morales. Ésa es la matriz de la que comienza a separarse la economía. Y no debe sorprendernos que así sea: después de todo, la ética y la economía estudian los mismos «hechos»: las acciones de los individuos. Sólo que lo hacen desde distintas perspectivas. La ética busca establecer si una determinada acción es buena o mala, la economía simplemente analiza las opciones a las que las personas se enfrentan, sus preferencias y las acciones conscientes que realizan para alcanzar sus objetivos, cualesquiera que éstos sean.

El libre albedrío

Decíamos, entonces, que la ética y la economía estudian las acciones deliberadas de las personas, ya que aquellas que son meros actos reflejos o fruto del inconsciente

constituyen la materia para el estudio de fisiólogos y psicólogos.

La ética y la economía parten de un fundamento común: somos libres de decidir las acciones que queremos realizar. Esta aseveración ha motivado más de dos mil años de debate filosófico, y los filósofos dirán que ésta no es una disputa zanjada, que aún existen muchas dudas de que seamos realmente «libres» para decidir. Algunos alegarán que nuestras acciones están determinadas por la química del funcionamiento cerebral, otros, por nuestro subconsciente, por el entorno o la herencia biológica y cultural. Lo cierto es que, si en verdad estuviéramos «determinados» por alguna de esas circunstancias, poco campo quedaría para la ética... y para la economía; no podríamos calificar nuestras acciones de buenas o malas, la responsabilidad no estaría ya en nosotros, sino en las causas que las han determinado. Nuestras acciones no serían, finalmente, conscientes ni deliberadas. En lugar de estudiar las decisiones de los individuos, nos limitaríamos a estudiar las relaciones causales que los llevan irremediablemente a ellas.

Tomemos por ejemplo el personaje de un juego de computadora o video: la responsabilidad recae sobre aquel que maneja los controles del juego, puede equivocarse por distracción o falta de práctica, pero no se nos ocurre echarle la culpa al personaje que aparece en la pantalla; él simplemente estaba «determinado» por las instrucciones del juego y las órdenes que nosotros le dimos.

Usamos la razón para tomar decisiones y ésta es el gran instrumento que tenemos para ayudarnos en este

mundo. El ser humano no posee un piloto automático que lo guíe, sino que está obligado a elegir y a decidir, y para ello debe razonar. Los animales, en cambio, se guían por instintos, por eso no les atribuimos responsabilidades éticas, no decimos «qué mal estuvo esa araña en comerse a esa mosca», no concebimos que haya una ética de los animales (aunque exista una ética sobre nuestros comportamientos respecto de ellos). Tampoco existe tal cosa como una «economía de los animales», y aunque algunos hayan querido encontrarla en las grandes obras que realizan las hormigas en los hormigueros o las abejas en los panales, no existen allí «acciones conscientes y deliberadas», sino programadas por los instintos: no es posible imaginar a una hormiga frente al dilema de trabajar o irse a la playa, o a una abeja que decida no colaborar en el panal porque piensa que la abeja reina no fue electa en forma democrática. No hay «elección racional», que es lo que estudia la economía.

Volvamos ahora a los detractores de este supuesto elemental: si realmente estamos determinados por algo y no nos es posible elegir, ¿para qué argumentar?, ¿por qué querrían convencerme de que estoy equivocado? Estoy, según su razonamiento, determinado a pensar como pienso, de la misma forma que quien pierde su tiempo tratando de cambiarme está determinado a pensar según su criterio.

Estas disquisiciones sólo sirven para mostrar que la economía no es una disciplina técnica alejada de los grandes temas que la filosofía discute. Está basada en ellos. Entonces, como muchos filósofos lo han hecho

hasta ahora, asume que somos libres para decidir o, en otras palabras, que tenemos libre albedrío. Nos lo dice Dante en la *Divina Comedia*,² quien «en la mitad de su vida, se encontró en una oscura selva por haber perdido el recto sendero». Guiado por Virgilio y luego por su amada Beatriz, comienza a recorrer el Infierno, el Purgatorio y finalmente el Paraíso. Mientras se encuentra aún en el Purgatorio, Lombardo le ruega que pida por él cuando llegue al Paraíso, a lo cual Dante accede, no sin antes plantearle una duda que lo corroe íntimamente: el mundo está vacío de toda virtud y lleno de maldad, ¿la causa de este mal reside en el cielo o en la tierra?

La respuesta es que el hombre ha recibido el libre arbitrio, con el que incluso podría «contrariar en principio al santo cielo». Si no existiera el libre albedrío, no habría tampoco justicia. La ausencia de virtud y la presencia del mal se deben a las decisiones que los individuos toman libremente; no provienen del cielo ni de otras circunstancias. Como ven, el mismo principio que se encuentra en la base de la economía.

Individualismo metodológico

De la existencia del libre albedrío se desprende el «individualismo metodológico» que rige nuestra disciplina. En términos simples, significa que siempre comenzamos

² DANTE ALIGHIERI, *Divina Comedia*, México, Ed. Mexicanos Unidos, 1999, p. 20.

nuestro análisis con las acciones individuales. Los seres humanos pueden tomar decisiones solos o en conjunto con otros, pero en todos los casos las acciones que se realizan, las decisiones que se toman, son individuales.

Volviendo a la *Divina Comedia*, en todo el recorrido que Dante hace por el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso lo que encuentra allí son siempre personas individuales. No encontramos algo así como «la hinchada de Boca», o «la clase obrera», sino una gran serie de individuos que, por cierto, han pertenecido a muchos grupos durante toda su vida: han sido parte de los «filósofos», o de los «poetas» o de los «políticos», incluso han pertenecido a varios de estos grupos, pero están allí como individuos. Están donde están porque han sido juzgados por sus acciones individuales, y en verdad todas las acciones lo son.

Cuando decimos «la hinchada de Boca gritó un gol», utilizamos una forma abreviada para expresar que José, Pedro, Raúl y otros que se encontraban viendo el partido gritaron «gol», pero no existe un ser «hinchada» con existencia independiente de los individuos que la componen, y de hecho el grito de la llamada «hinchada» es la suma de cada uno de los gritos individuales. Sin éstos, el «grito de la hinchada» simplemente no hubiera existido.

Los economistas también hacemos un uso particular del lenguaje al utilizar términos como «la demanda», «la oferta», «los productores», «los consumidores», «los ahorristas» y muchos otros, pero se trata tan sólo de una forma de clasificar distintas acciones de individuos. Nunca debemos olvidar que son éstos los que deciden demandar, ofertar, producir, consumir o ahorrar, y que

sin esas decisiones individuales, tampoco habría demanda, oferta, consumo, producción o ahorro.

El mismo tema parece haber inspirado a Jorge Luis Borges el siguiente texto, llamado «Tú»:³

Un solo hombre ha nacido, un solo hombre ha muerto en la tierra.

Afirmar lo contrario es mera estadística, una adición imposible.

No menos imposible que sumar el olor de la lluvia y el sueño que anoche soñaste.

Ese hombre es Ulises, Abel, Caín, el primer hombre que ordenó las constelaciones, el hombre que erigió la primer pirámide, el hombre que escribió los hexagramas del Libro de los Cambios, el forjador que grabó runas en la espada de Hengist, el arquero Einar Tambarskelver, Luis de León, el librero que engendró a Samuel Jonson, el jardinero de Voltaire, Darwin en la proa del Beagle, un judío en la cámara letal, con el tiempo, tú y yo [...].

Veamos cómo lo plantea el economista Ludwig von Mises:

Ante todo conviene advertir que la acción es siempre obra de seres individuales. Los entes colectivos operan, ineludiblemente, por mediación de uno o varios individuos, cuyas actuaciones se atribuyen a la colectividad de modo mediato. Es el significado que a la acción atribuyan su autor y los por

³ JORGE LUIS BORGES, *El oro de los tigres*, *Obras completas*, tomo II, Buenos Aires, Emecé, (1972) 1996, p. 489.

ella afectados lo que determina la condición de la misma. Dicho significado de la acción da lugar a que determinada actuación se considere de índole particular mientras otra sea tenida por estatal o municipal. Es el verdugo, no el Estado, quien materialmente ejecuta al criminal. Un grupo de hombres armados ocupa una plaza; depende de la intención el que tal ocupación se atribuya a la nación y no a los oficiales y soldados allí presentes.

La coincidencia con el texto borgeano resulta evidente:⁴

Sólo gracias a las acciones de ciertos individuos resulta posible apreciar la existencia de naciones, Estados, Iglesias y aun de la cooperación social bajo el signo de la división del trabajo. No cabe percibir la existencia de una nación sin advertir la de sus miembros. En este sentido, puede decirse que la actuación individual engendra la colectividad. No supone ello afirmar que el individuo anteceda temporalmente a la sociedad. Simplemente supone proclamar que la colectividad la integran concretas actuaciones individuales.⁵

En una cancha de fútbol observamos una muchedumbre de gente, ¿se trata de una «hinchada» o de una simple aglomeración?: depende del significado que le den los individuos que la componen. En la estación Retiro, cuando la gente sale de los trenes se produce una aglomeración a la que no le asignamos ninguna existencia «colectiva», se trata de hecho de un grupo sin ningún

⁴ LUDWIG VON MISES, *La acción humana. Tratado de Economía*, 11.^a ed., Madrid, Unión Editorial, (1949) 2015, p. 51.

⁵ LUDWIG VON MISES, *op. cit.*, p. 52.

nombre especial. Quienes quieran comenzar el análisis de las acciones humanas desde entidades colectivas se van a encontrar con una barrera insalvable: cada uno de nosotros pertenece a distintos grupos al mismo tiempo. El grupo de los hinchas de River, el de los argentinos, el de los estudiantes, el de los jóvenes, el de los de habla hispana, el de los habitantes del Cono Sur, el de los amantes del rock...

En el cuento de Borges «El Congreso»,⁶ el personaje Alejandro Ferri se suma a un grupo de personas cuyo objetivo es organizar el «Congreso del Mundo», un organismo que represente a todos los hombres de todas las naciones. El presidente de dicho grupo es Alejandro Glencoe y la secretaria, una noruega de nombre Nora Erfjord. Uno de los miembros, con el curioso nombre de Twirl, plantea el dilema que nos ocupa:

Twirl, cuya inteligencia era lúcida, observó que el Congreso suponía un problema de índole filosófica. Planear una asamblea que representara a todos los hombres era como fijar el número exacto de los arquetipos platónicos, enigma que ha atareado durante siglos la perplejidad de los pensadores. Sugirió que, sin ir más lejos, don Alejandro Glencoe podía representar a los hacendados, pero también a los orientales y también a los grandes precursores y también a los hombres de barba roja ya los que están sentados en un sillón. Nora Erfjord era Noruega. ¿Representaría a las secretarías, a las noruegas o simplemente a todas las mujeres hermosas?; Bastaba

⁶ JORGE LUIS BORGES, *El libro de arena, Obras completas*, tomo III, Barcelona, Emecé, 1996, p. 24

un ingeniero para representar a todos los ingenieros, incluso los de Nueva Zelanda?

Difíciles preguntas, ¿verdad? Imposibles de responder, diría von Mises, sin recurrir al individualismo metodológico.

Dos cosas, entonces, hemos reconocido como fundamentales en este capítulo: que somos libres para decidir guiados por nuestra razón, y que como todas esas decisiones las toman individuos, es a partir de ellos que debemos iniciar nuestro estudio, que luego podremos ampliar abarcando grupos sociales más grandes, de distinto tipo, para tratar de comprender cómo se forman o cómo desaparecen, cuáles son sus estructuras y cómo funcionan.

Dos
LA ACCIÓN HUMANA
«Volver de Jauja» y el asno de Buridan



Hay aun otro elemento en el pluralismo de los fenómenos humanos, y es el hecho de que el hombre como individuo, en uno de sus aspectos, en uno de los niveles en los cuales existe, usa deliberadamente medios para ejecutar fines que están dados, o simplemente están «allí», mientras que en otro nivel también medita acerca de los fines, ha «posesión» de fines individuales, y de medios, y de un conocimiento mayor o menor acerca de cómo utilizar los medios para realizar fines dados, son los factores que forman y definen al «hombre económico», o que sirven para definir la conducta económica (dos maneras diferentes de decir lo mismo).¹

FRANK H. KNIGHT (1885-1972)

Como hemos visto, los individuos realizan acciones para satisfacer sus necesidades, ya que éstas no se resuelven en forma automática. En el mundo real, los recursos son escasos, la supervivencia no está asegurada y es necesario actuar.

Actuar es, entonces, emplear ciertos medios para alcanzar ciertos fines y, en general, uno de esos medios suele ser el trabajo. Para tratar de comprender mejor esto, consideremos una situación en la que las necesidades estuvieran cubiertas y no fuera preciso actuar.

El siguiente es un relato del libro *Cuentos de Calleja*. Don Saturnino Calleja era español, y en el año 1876 creó en Madrid una editorial por medio de la cual publicó

¹ FRANK H. KNIGHT, *Science and Man*, Nueva York, Harcourt, Brace & Co., 1942, *Libertas* n.º 30, Buenos Aires, ESEADE, 5/1999, p. 80.

una enorme cantidad de cuentos infantiles, algunos de autores muy reconocidos, otros, como el que aquí se incluye, anónimos, pero de gran popularidad. El que quiero contarles se llama «Volver de Jauja».

Abrió los ojos Juanito, bostezó, estiró los brazos, e incorporándose en la cama, dirigió una mirada soñolienta al balcón de su alcoba. — ¡Bah! —exclamó—. Aún falta para la hora del chocolate.

Metió nuevamente los brazos bajo las mantas, cerró los ojos y se volvió a dormir. ¿Ya todo esto diréis quién es Juanito? Pues es un muchacho perezoso hasta el extremo de que, si pudiera, no mascaría los alimentos para evitarse trabajo. Solía levantarse a las once del día en todo tiempo, aunque no hubiera amanecido.

— Tú debías haber nacido en Jauja — le decían sus padres.

— ¿Y qué pasa en Jauja, papá?

— Que allí no hay que molestarse para nada. ¿No has leído la descripción de ese país maravilloso en las aleluyas?

— Sí, pero creí que era una broma.

— Pues mira, cualquiera que se lo proponga, llega a Jauja. Otro día te explicaré cómo se hace el viaje.

El niño quedó pensativo y al día siguiente preguntó en la calle a unos transeúntes por dónde se iba a Jauja.

— Ya se conoce que no eres tonto —le dijeron—; pero una cosa es querer ir y otra llegar. Toma la calle de Toledo abajo, sigue el camino de Carabanchel y allí cerca tienes a Jauja.

El muchacho echó a andar y paso tras paso llegó a Carabanchel, pasó a Leganés y siguió andando, aunque nadie le dio señas del sitio en que se encontraría aquella tierra maravillosa. Al contrario, todos se reían de la infelicidad del chico y lo abandonaban a su suerte.

Cansado de caminar, Juanito se recostó en una cuneta del camino y allí quedó dormido a pierna suelta. Cuando despertó

por la mañana, bien entrado el día, se encontró sobre una blanda alfombra de musgo, que tenía debajo muelles como los colchones.

Se levantó pesadamente de su cómodo lecho y al tender la vista a su alrededor se le presentó un extraordinario espectáculo. Unas casitas de un solo piso, blancas como la leche y con el techo rojo como la sangre, se extendían en filas, formando una especie de pueblo, con su plaza en el centro y todo. Aquí y allá se veían acostadas por el suelo multitud de personas. Juanito se acercó a una de ellas, admirado de que estuviera tan quieta y tuviese, sin embargo, los ojos abiertos. Cortésmente le preguntó:

— Caballero, ¿quiere usted hacerme el favor de decirme por dónde se va a Jauja?

— En ella estás, y ya se conoce que eres recién venido —contestó el interpelado bostezando—. Aquí no se acostumbra moverse de la cama sino a las horas de córner, y no siempre, porque hay ocasiones en que la comida viene ella sola a nuestra boca. Repara en las casas, que, dicho sea de paso, no sirven para nada. Son de turrón las paredes y los tejados de caramelo; los árboles, en fin, ya me he molestado bastante y estoy rendido, yeso que en Jauja me llaman el incansable.

— Pues ya ve usted; en mi casa me llaman perezoso, y me parece que soy el más diligente de todos ustedes —dijo Juanito, y separándose de su interlocutor, comenzó a recorrer las calles de la población.

Para cerciorarse de que las casas eran de turrón, dio tres o cuatro lametones en las paredes y alguno que otro bocado en las ventanas; el suelo estaba entarugado con pastelillos de hojaldre y el campo estaba cubierto con árboles de guirlache, cuyas hojas eran de riquísimo cabello de ángel. En cuanto a los pájaros, todos estaban ya guisados, unos con tomate, otros en salsa; sobre una piedra se veía un faisán trufado y trinchado, que gritaba de vez en cuando:

— ¡Estoy con trufas! ¡A la rica trufa!

Y tenía clavado el tenedor, para que no costase comerlo sino el trabajo de llevarse los trozos a la boca. Juanito estaba maravillado y continuaba su excursión. Los pavos, las perdices, gallinas y demás gente ordinaria lanzaban desde sus platos algún alón, muslo o pechuga, gritando en tono lastimero:

— ¿No hay quien se lo coma?

Más adelante llamó su atención un ruido de tambores y cornetas. Creyó que pasaba un regimiento y se adelantó al sitio donde el estrépito partía. Júzguese su sorpresa al ver que lo que tal barullo armaba era un inmenso depósito de juguetes, en el cual los tambores redoblaban solos, sonaban las cornetas, mugían unas vaquitas de esas que mueven la cabeza, balaban unos corderitos de blanquísima lana, corrían los velocípedos y los caballitos de máquina, andaban por estrechas vías unos trenes de vapor y otros eléctricos con sus estaciones, sus puentes y sus túneles, en un estanque de almíbar corrían unos barquitos de cuerda haciendo mil caprichosas evoluciones; en fin, que aquello era el delirio para un muchacho. Descolgó de un clavo un precioso uniforme de marina, con su sable y su gorra, y al ponérselo vio con sorpresa que se le ciñeron el pantalón y la levita, quedando a la medida; empuñó después una corneta, se montó en un blanco caballo de tornillo y comenzó a pasearse.

Apenas hubo recorrido cien metros cuando tropezó con una especie de bombo que había en el suelo; era el vientre de un habitante de Jauja, que por no molestarse ni se quejó del topetazo.

— Usted perdone —dijo Juanito.

Pero el otro siguió durmiendo del lado a que le volviera el encontronazo. Miró el muchacho a su alrededor y no vio sino barrigas abombadas que se destacaban sobre la hierba; eran los habitantes de Jauja, que dormían o velaban sin moverse del sitio en que cayeron a su llegada al país. De vez en cuando sonaba

algo así como un trueno; era un jaujense que reventaba de gordo y el suelo se lo tragaba, sin duda porque tenía apetito.

Montado en su caballo y marchando con una velocidad de cuatro varas por hora, sin temor a romperse las narices, siguió Juan su camino admirando las novedades de aquel maravilloso país, hasta que, fatigado, se acercó al primero que vio con los ojos abiertos y le dirigió varias preguntas. El interrogado lo miró sin pestañear y no le contestó hasta que, cargado Juanito, le abrió la boca y le tiró la lengua; entonces el jaujanense habló de esta manera:

— Gracias abierto boca, pegados tenía labios, lengua paralizada.

Con unos zorros de juguete tuvo que limpiarle Juanito el polvo de azúcar que le tapaba la boca y las narices, y el de Jauja siguió, en estilo telegráfico, hablando así:

— Aquí no nos movemos para nada; ésta es la tierra de los holgazanes, pero es tanta la comodidad, que no disfrutamos. Todo está a la mano, mas por no extenderla, nada cogemos, y gracias a que esta tierra despidе un vapor alimenticio que nos nutre. Cada cual elige para dejarse caer el sitio que más le agrada, porque, una vez en el suelo, no hay fuerza humana que lo levante. Allá abajo, muy lejos, lo menos a veinte varas de aquí, hay una porción de ríos que en vez de agua llevan Jerez, Champagne, Burdeos, Rloja y manzanilla, sin contar el moscatel, el Madera, el Rhin, la malvasia y unos arroyuelos de Benedictino, Chartreuse y aguardiente que viene del propio Cazalla y de Chinchón. Pues allí duermen los borrachos con la cabeza metida en las corrientes de líquido. ¿ Crees que son felices? Pues cuando se les pasa el mareo darían cualquier cosa por huir de Jauja, pero no tienen fuerza para moverse y allí siguen, castigados por su propio vicio. Los golosos tienen la boca metida en tremendos estanques de arroz con leche, en fuentes de batatas o de riquísimas jaleas; el empacho los mata; cáusales asco el dulce, pero siguen conde-

nados a comerlo, y es ése el más terrible suplicio. Los glotones, con la boca abierta, reciben sin cesar lonchas de jamón y pavos trufados, paellas inacabables y cuanto el gastrónomo más refinado pudiera adivinar. Ellos quisieran cerrar la boca, pero no pueden, y víctimas de la gula, preferirían la abstinencia y darían cualquier cosa por no tener que comer. Y, en fin, los perezosos que no nos movemos ni aun para comer, daríamos algo por que nos azotaran todos los días para hacernos levantar; pero como ves, la pereza nos mata, perdemos el uso de nuestros miembros y engordamos de tal suerte que estallamos como petardos al año o cosa así de vivir en Jauja. A mí apenas me quedan quince días de vida.

—¡Caramba! —dijo el chico—. ¿Conque si me acuesto estoy perdido?

—Sin género alguno de duda.

—¿Dónde está aquí la iglesia, para rogar a Dios?

—¿Cómo quieres que haya iglesia en la ciudad de los vicios?

Cayó de hinojos Juanito y, elevando su mirada al cielo, dirigió al Todopoderoso la siguiente súplica:

—¡Dios mío, volvedme a casa; haced que me zurren mis papás todo lo que puedan, que no me den chocolate ni dulces, ni juguetes, pero que yo me vea en mi casita lejos de este pan endemoniado!

Al despertar se encontró en su cama arrodillado y oyó el reloj, que daba las siete de la mañana. De un salto se lanzó del lecho, vistióse apresuradamente y saliendo al comedor, con gran sorpresa de todos, dijo a sus papás:

—En adelante no necesitaré que me despierten; seré bueno y laborioso, y si alguna vez no lo fuera, para castigarme no tendréis más que decirme estas palabras: Acuérdate de Jauja.²

² SATURNINO CALLEJA, *Cuentos de Calleja*, Santander, Ed. Calleja, 1925.

A primera vista, no parece que en Jauja los economistas tuvieran trabajo. En verdad, no parece que lo tuvieran tampoco otras profesiones, salvo moralistas, religiosos o filósofos que pudieran ayudar a sus habitantes a salir de ese dantesco infierno. ¿Existe un problema económico en Jauja? Por la somera descripción de Juanito, parecería que no; las necesidades humanas se satisfacen solas. Por lo menos, todas las de Juanito (comida, ropa y juguetes) parecen estar cubiertas.

Observemos un detalle sumamente interesante: esos jaujenses gordos acostados panza arriba en el suelo. ¿Qué es lo que este cuento nos está mostrando? Que cuando no hay necesidades a satisfacer no hay acción.

Y cuando no hay acción no hay análisis económico.

El asno de Buridan

La acción consiste en elegir qué fines serán satisfechos utilizando qué medios. Como los medios son escasos, ciertos fines quedarán siempre insatisfechos.

Ordenamos nuestros fines según las valoraciones que hagamos de cada uno de ellos, y aplicamos los medios más escasos a satisfacer los fines que tengamos más alto en nuestra escala de valores o preferencias.

Actuar no significa que un individuo deba dejar lo que está haciendo para hacer otra cosa. También está actuando quien elige seguir con lo que está haciendo, aunque tenga la oportunidad de cambiar.

Jean de Buridan fue un famoso filósofo francés del siglo XIV (1300-1358) quien realizó muchas contribuciones

importantes a la economía y estudió fundamentalmente la moneda. En uno de sus textos sobre la voluntad plantea el caso de un asno, perfectamente racional, que se encuentra en el medio de dos parvas de heno, a la misma distancia de cada una de ellas. Como le resulta indiferente ir a una o la otra, no puede decidirse y finalmente, ¡muere de hambre!

¿Sería éste un caso similar al de los jaujenses y su indiferente desidia? Usemos el sentido común, ese que suele ser el menos común de los sentidos: ¿no parece ridícula la actitud del asno? Nada parece menos racional que dejarse morir por esa circunstancia. Y la verdad es que el asno de Buridan está enfrentado no a dos opciones (las parvas de heno) sino a tres: una parva, la otra, o morir de hambre. No hay ninguna «indiferencia» aquí; el asno está eligiendo morir de hambre por alguna circunstancia que nos costaría comprender. Si no mera así, si prefiriera vivir, sólo sería cuestión de buscar un mecanismo para elegir una parva o la otra, tirando una moneda, por ejemplo.

Nuestra ciencia forma parte de otra más amplia, la praxeología, que analiza la acción humana como acción consciente distinta de la conducta inconsciente; estudia la acción en sí, al margen de sus motivaciones o la evaluación de sus fines. Esto último pertenece al campo de la filosofía, la religión o la moral, mientras que el estudio de los fenómenos que ocasionaron determinadas actuaciones corresponde a la psicología.

Al actuar, el hombre pretende sustituir un estado menos satisfactorio por otro mejor. El hombre plenamente satisfecho no tendrá motivo para actuar. El cuento de Calleja, sin embargo, nos muestra personas que por un

exceso de consumo se encuentran en un estado de insatisfacción. Es que para que esos jaujenses actúen harían falta dos requisitos más, el malestar solo no basta: deberían ser conscientes de las posibilidades de un estado de cosas más atractivo y también deberían conocer que se puede controlar la voluntad evitando llegar a tal situación y que existe una conducta que permite lograrlo. Tales son los presupuestos básicos de la acción humana. En términos del dilema planteado por Buridan, los asnos deberían conocer la posibilidad de vivir (y la de morir si no eligen).

Los medios utilizados para la obtención de un fin no aparecen siempre como tales; en el mundo sólo hay cosas. En Jauja hay cosas que sus habitantes podrían utilizar como medios para cambiar su situación, pero sólo la razón convierte las cosas en medios útiles, y los jaujenses han renunciado a ella, han renunciado a pensar. El hombre tiene la capacidad de pensar, pero primero debe decidir si quiere hacerlo.

La praxeología y la economía no pretenden determinar cómo deberían ser las actuaciones del hombre. Cada individuo evalúa la utilidad de cada cosa como medio, de acuerdo con su propia concepción y con el fin que busque. En Jauja, la comida, la bebida, los juguetes, los objetos en general, forman parte del medio ambiente, no son objeto de acción humana, es decir que no son *bienes económicos*. Dentro de la praxeología, la economía se ocupa de aquellas acciones del hombre que impliquen la satisfacción de sus necesidades mediante la utilización de medios escasos, materiales o espirituales, que el individuo evalúa como apropiados para obtener su fin.

En Jauja, los bienes no son escasos. Es más, ni siquiera hace falta el trabajo (un medio para alcanzar el fin deseado), ya que la comida llega directamente a boca de sus habitantes, la ropa se ciñe al cuerpo sola y hasta los panzones que revientan son tragados por la tierra sin necesidad de enterrarlos.

Sin embargo, existen otro tipo de necesidades: el jaujense le dice a Juanito «daríamos algo por que nos azotaran todos los días para hacernos levantar». El mal se reconoce y la posibilidad de una situación mejor también, sólo que no pueden identificar la conducta capaz de dirigirlos al fin buscado. Supongamos que este requisito sí existiera: un jaujense, entonces, se dedicaría a azotar a los demás y esta acción implicaría el nacimiento de la economía, ya que existe un recurso que incluso en Jauja es escaso: el tiempo. Si no te dan latigazos rápido, explotarás; el jaujense deberá administrar su tiempo de trabajo; la economía ya está presente.

Esta concepción de la economía se centra en las acciones del hombre, resalta las características del individuo y su relación con otros individuos en el marco de la colaboración social. Se estudian así las sociedades, pero sin perder de vista a los individuos, ya que cada uno de ellos es importante.

Definir la economía solamente como la ciencia que trata de la asignación de recursos escasos pone énfasis no en el hombre, sino en los recursos. De esta forma, la economía se «materializa», pierde de vista al ser humano y, no es extraño, crea la base sobre la cual políticos y tecnócratas tratan de administrar los recursos interfiriendo en las

acciones de los hombres y, por ende, en su libertad. La búsqueda del mayor beneficio material es tan sólo uno de los móviles que determinan el accionar humano; el hombre bien puede verse impulsado a actuar también por la amistad, el amor, la cultura, la ciencia, el arte, la bondad y demás. Centrando nuestra atención en la acción humana, se «humaniza» la economía. Por suerte, Juanito vuelve de Jauja, de la no economía a la economía.

TRES
LA DIVISIÓN DEL TRABAJO
Adam Smith y Robinson Crusoe

